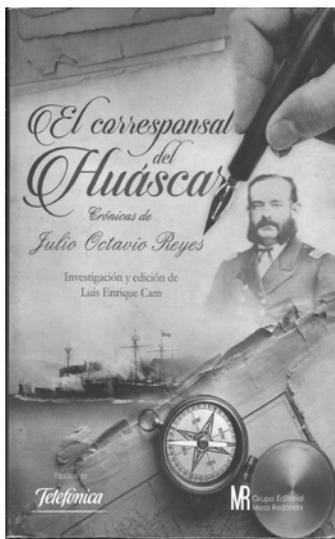


Luis Enrique Cam (edit.), *EL CORRESPONSAL DEL HUÁSCAR. CRÓNICAS DE JULIO OCTAVIO REYES.*  
 Lima, Grupo Editorial Mesa Redonda, 2015, 424 páginas.

**Giannina Miranda Wilson\***

Desde sus inicios, la Guerra del Pacífico fue objeto de numerosos estudios vertidos desde ambos bandos en contienda. No obstante, el hallazgo de nuevas fuentes ha permitido un análisis diferente, dejando de lado el frío relato de la simple confrontación bélica, política y diplomática; permitiendo que otros protagonistas se abran camino y ocupen el lugar que en los hechos les correspondió. Una guerra no implica solamente a quienes presentan armas en ella o la dirigen desde las esferas del poder; recae también en la población. Junto a soldados y políticos, otros individuos, la gran parte de la colectividad peruana, chilena y boliviana, dejaron constancia de su participación en el conflicto.



Luis Enrique Cam presenta en su libro un protagonista: el reportero de guerra Julio Octavio Reyes, quien tuvo el privilegio periodístico de encontrarse a bordo del *Huáscar* en los meses de correrías del afamado monitor. El papel de los corresponsales en el conflicto del Pacífico forma parte de la historia de la prensa peruana, tal como lo detalla en el prólogo el historiador Héctor López Martínez.

Pero, más allá de narrar las hazañas de una de las partes en disputa, el valor del trabajo de Luis Enrique Cam al recopilar las crónicas de Julio Octavio Reyes, es presentar el escenario desgarrador que implicó la guerra del Pacífico. Su intención no es, como bien señala, “avivar odios

\* Bachiller en Historia, Universidad de San Marcos y Archivera, Escuela Nacional de Archiveros del Perú.  
 Email: gianninamiwi\_1@hotmail.com

y rencillas entre las dos naciones”; por el contrario, es presentar una propuesta diferente: ver el conflicto “desde adentro”, es decir, “desde la cotidianeidad”.

Rastrear a un reportero de esos años es una tarea minuciosa, pues sus trabajos están desperdigados y no siempre las hemerotecas cuentan con colecciones completas. Ese es el gran aporte de Luis Enrique Cam. Además de ello, este trabajo permite identificar al autor de la fuente histórica, lo cual es fundamental para la rigurosidad de la investigación. Que Reyes militara en el partido civilista, que trabajara para *La Opinión Nacional*, un diario de esa misma vertiente política, y que Miguel Grau, quien lo nombró su secretario personal, haya pertenecido también al civilismo, es un dato importante.

Las crónicas que remitió Julio Octavio Reyes fueron escritas a modo de cartas dirigidas al director del diario, dando la sensación de leer correspondencia privada. Podemos imaginar a la población peruana en ascuas, esperando noticias de los sucesos en altamar. En esas crónicas se proyectan el entusiasmo y esperanzas del corresponsal en la campaña peruana; lo que hace pensar que efectivamente los lectores de entonces, a través de la prensa, llegaron a creer que el Perú tenía posibilidades de ganar la guerra.

Son emocionantes los diferentes episodios vividos y narrados por el cronista, haciendo gala de un profundo conocimiento de la terminología marítima: el batallar del monitor contra las furias de la naturaleza, el entusiasmo por entrar en combate, las peligrosas incursiones en aguas chilenas y puertos bolivianos,

donde echan a pique o queman lanchas enemigas, cortan cables telegráficos, se apoderan de cargas y embarcaciones en buenas presas; la captura del transporte chileno *Rímac*, el recibimiento apoteósico cuando arriban a puertos peruanos, el entusiasmo de la población. Sucesos que en conjunto ayudaron a perfilar en el imaginario peruano la legendaria imagen del *Huáscar* y de Grau.

Además, el profesionalismo de Reyes permitió que supiera guardar discreción acerca del movimiento de la escuadra peruana, para que dicha información no sea empleada en beneficio del enemigo. Como señala Luis Enrique Cam, su condición de secretario personal de Grau permite también inferir el cuidado que el corresponsal tuvo a respecto.

El inicial y paradójico entusiasmo con el que narra la empresa bélica que le tocó vivir va a ir decreciendo conforme avanzan los días y surgen los primeros caídos. El homenaje al amigo de tripulación perdido en las maniobras o en el combate, dan testimonio de los naturales sentimientos de fraternidad entre los tripulantes del *Huáscar*. Reyes lamenta la pérdida de la *Independencia* en Iquique: “El papel que hubiera desempeñado en la presente campaña marítima, hubiera sido indudablemente importantísimo”.

Sus últimas crónicas van acercándonos a lo inevitable. El reportero, como sus compañeros, no está exento del temor y la incertidumbre ante la proximidad de un combate final. El peso de la guerra en esos meses de correrías cayó sobre el monitor *Huáscar*, su comandante y sus poco más de doscientos tripulantes. Por primera

vez, a partir del Combate de Angamos, la guerra se mostró ante los peruanos con toda su tragedia y locura. Un monitor, su comandante, tripulación y reporteros como Julio Octavio Reyes, permitieron a un pueblo soñar con el triunfo, por cinco meses, contra todo pronóstico y toda lógica. Y soñar en tiempos de guerra es todo un privilegio, pero también un peligro.

El regocijo que infundieron el *Huáscar* y su comandante en la población peruana se dio en un escenario semejante a un circo romano, donde se aplaudía el arrojamiento del gladiador que, aunque carente de suficientes medios para vencer, se permite dar un espectáculo que raya en lo macabro. A Grau le llovieron aplausos, homenajes, ascensos; pero no refuerzos. Estaba condenado a morir, tal como señaló amargamente Manuel González Prada: “[...] pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores”<sup>1</sup>.

No solo la prensa peruana, la extranjera también dedica sus páginas a magnificar las hazañas de Grau. Pero también está presente la contraposición de información. Era natural que las noticias de la prensa peruana difirieran grandemente de la chilena. Eran bandos opuestos y sus observaciones noticiosas, por consiguiente, debían seguir la misma dirección. Reyes dedica parte de sus crónicas a desmentir lo que llama las “calumnias chilenas” de los diarios de Valparaíso o Santiago.

Cabe mencionar que otro mérito de Julio Octavio Reyes es rescatar las acciones de la oficialidad, marineros y tripulación civil del *Huáscar*, opacada de alguna forma por la figura de Grau. Entre ellos, personajes como el médico Santiago Távara, tienen un merecido homenaje.

Luis Enrique Cam ha tenido el acierto de incluir en su libro una serie de anexos que profundizan el sentimiento que infunden las crónicas de Reyes; como las cartas de los prisioneros del *Huáscar*, lamentando la muerte de su comandante y testimoniando el trato amable que recibieron de sus captores. Las charlas entre vencedores y prisioneros habrían hecho evidentes más que diferencias, elementos en común. Las diferencias entre los individuos de una y otra nación no eran abismales hasta entonces. Fue la guerra la que se encargó de construir un muro que aun hoy en día cuesta dismantelar.

La lectura de este libro hace ver la necesidad de humanizar la historia de la guerra, de no sostener en pedestales tan altos a sus protagonistas, mostrándolos como dioses del Olimpo y no como los seres humanos que eran, con temores, ilusiones y contradicciones. Es evidente que tanto Grau como muchos oficiales y marineros, peruanos y chilenos, no querían esa guerra fratricida; pero el deber los arrastró irremediabilmente a ella. Reyes contribuyó a humanizar la figura de Grau transmitiendo sus sencillas proclamas antes de los combates; pero llenas de significado para su tripulación.

1 Manuel González Prada, *Páginas libres* (Lima: Libertadores de América, 1988), 43.

Todas las guerras se inician con optimismo y seguridad de vencer. El Perú se había quedado congelado con las glorias del Combate del 2 de Mayo, y con los mismos buques también. Si bien Reyes no estuvo presente en el combate final, su crónica al respecto es altamente sentida pues logra transmitir el sufrimiento que le embargó al conocer el triste final de sus compañeros y de su Comandante.

Reyes estaba convencido que el *Huáscar* se constituyó en una leyenda debido a su tripulación; por eso desestimó su aparición meses después, como buque chileno, en las costas del Callao, asegurando que no causó conmoción, lo cual es poco probable. “Está en su ocaso”, afirmó, “Sus gloriosas tradiciones, sus bríos, su audacia, todo desapareció con la pléyade de valientes, que lo sustentaron hasta la gloriosa e inmortal tragedia de Angamos”.

Finalmente, se debe mencionar que Luis Enrique Cam preparó, junto con este libro, un conmovedor documental basado en las crónicas de Julio Octavio Reyes, cuyo impacto visual es muy importante en tanto instrumento de difusión. Ambos trabajos, a la vez que cautivan, invitan a la reflexión.